

# Rodrigo de Cepeda

Y

# Las rojas linternas de Huecuvu

## Capítulo I



COMO habría de escribir pocos años después Juan de la Cruz, al par de los levantes de la aurora, salieron a caballo Juan de Ayolas, de Briviesca; Carlos Guevara, de Vitoria; Domingo Martínez de Irala, de Vergara; Rui Galán, de León, y Rodrigo de Cepeda, de Ávila, y éste se volvió por última vez a mirar las murallas, y saludar también una vez más con la mano a su gentil y muy amada hermana Teresa, dos años menor que él, y a don Alonso de Cepeda, padre de ambos.

Los seis jinetes habrían de cabalgar todo el día hasta Madrid, para reunirse allí con los hermanos Juan y Felipe de Cáceres, y seguir hacia Córdoba la Sultana.

En la capital de los califas se sumaron a los ocho jinetes los capitanes cordobeses Garci Vanegas, Diego de Ávalos y Francisco Hernández; así como también cincuenta infantes de arcabuces que habían combatido junto al Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba en Garellano y Barieita, en las campañas de Italia, y con Pescara en Pavía y Roma.

Rodrigo de Cepeda oró con Carlos Guevara en la gran mezquita trocada en iglesia, y paseó a caballo por los seculares empedrados, los primeros del mundo, de la ciudad bética y árabe.

Siguieron luego viaje hacia Sevilla, donde salió a recibirlos una comitiva enviada por Pedro de Mendoza, de Guadix, primer Adelantado del Río de la Plata. El jefe de la comitiva, capitán Francisco de Alvarado, guió a Rodrigo y sus compañeros hasta la casa de Mendoza, de cuya expedición al Río de la Plata todos habrían de formar parte a la mayor brevedad posible. A Rodrigo le sobrecogió el ánimo la presencia del guadijeño; pero trató de componer el semblante y ocultar sus sentimientos al que habría de ser su jefe, quizá por muchos y muy largos años.

Rodrigo, a la sazón de escasos veinte años de edad, era moreno, pálido, enjuto y de talla media; con cabello castaño lacio y ojos de color siena tostada, y vestía con sencillez no exenta de elegancia.



Mendoza, en cambio, lucía un lujosísimo jubón de terciopelo negro, sobre el que pendía enorme cadena y medallón de oro. Toda su persona era atildada y rezumaba perfume; pero en los ojos enrojecidos por habituales iracundias, así como en las aún más enrojecidas manchas causadas por el morbo gálico, o mal napolitano, podía advertirse la baja estofa moral de ese empujado personaje; que había tomado parte en el saqueo de Roma, con la hueste de Borbón, posiblemente con el fin de enriquecerse y, de paso, halagar al emperador Carlos primero de España, y quinto de Alemania, ansioso por humillar incluso al Papa.

El joven Rodri-

lo vio en Ávila, Rodrigo se dio cuenta de que Osorio era uno de esos jefes natos, más que por su nobleza, por las dotes de mando y por su simpatía amén de la insuperable habilidad que lucía en el manejo de la espada, los arcabuces y las ballestas.

Despedida por un bullanguero gentío andaluz, partió la expedición

en la que viajaba Rodrigo de Cepeda, ya como su segundo en el mando de los infantes, y un par de jinetes embarcados con él.

## Capítulo II

### BRASIL

CUANDO avistaron las costas del Brasil, en un nublado amanecer, fue para ver zozobrar en ellas a una de las carracas, sin que el resto de la armada pudiera hacer otra cosa que salvar a los naufragos que se acercaban nadando a los restantes navíos, muchos de ellos sangrando por los golpes que les hacían dar las olas contra los costados de las embarcaciones, llenas de lapas y conchillas.

Allí mismo resolvió Mendoza dividir la expedición y, mientras cinco carracas partían sin dilaciones hacia el Río de la Plata, a las órdenes de Diego de Mendoza, hermano del Adelantado, éste anclaba las cinco carracas restantes en la bellísima Bahía de los Tamoyos (2), de la que se prendó apenas la Magdalena, su nao capitana, enfiló su tallada proa hacia las tranquilas aguas en que pescaban los indios tamoyos.

Desde el puente de la Anunciada, Salazar y Rodrigo de Cepeda no tenían ojos para aprehender la maravilla que se les ofrecía delante...

Desembarcaron allí los castellanos, y entre ellos Ayolas, Salazar, Osorio, Guevara, Rodrigo de Cepeda, Galaz de Medrano y Pedro de Luxán, los cuales eran los más destacados entre los oficiales y soldados que habían quedado en la bahía, y en especial el de Briviesca, quien ostentaba el cargo de mayordomo del Adelantado; pero que, por encima de eso, era el hombre que más quería y en quien más confiaba Pedro de Mendoza desde las campañas de Italia.

Junto a la bella bahía, el Adelantado hizo levantar algunas casetas, no lejos de la guarnición portuguesa que mandaba el capitán Gonzalo Monteiro, y de una aldehuela de indios tamoyos. Francisco el Pastor, que entendía algo de herrerías, montó enseguida una fragua en la playa en colaboración con su primo Diego.

Tanto portugueses como tamoyos permanecieron tranquilos ante el gran número de castellanos que se habían instalado en la vecindad; pero éstos no tardaron en querellar entre sí, o mejor dicho, entre castellanos y andaluces, y éstos comenzaron por intrigar contra el capitán más notable, Juan de Osorio, quien además de ser maestro de campo se destacaba por sus actuaciones guerreras anteriores en Italia y África.

La cuestión hizo crisis cuando el oficial real contador Juan de Cáceres, que no era andaluz, sino de Madrid, confió al Adelantado que Osorio había estado quejándose ante el mayordomo Ayolas y ante él en la isla de Cabo Verde, soliviantando a la tripulación e infantes con la especie de que el guadijeño no tenía nada de militar ni de caballero.

Don Pedro de Mendoza mandó llamar a Juan de Ayolas para preguntarle qué había de cierto en ello, y pidiéndole de inmediato que pusiera la respuesta por escrito con todos los detalles, para que hubiese constancia de cuanto hubiere dicho Osorio en Cabo Verde o donde fuere.

De acuerdo con ello, el informe de Ayolas versó: «Estando en la isla de Santiago, el maestre de campo Juan de Osorio apartó al contador Juan de Cáceres y a mí y nos dijo a entrambos a dos: Veamos, pues, qué tiene que obedecerla gente de esta armada a don Pedro, ni hacerlo que él manda, ni ninguno de nosotros, sino que cada uno haga lo que quiera. Todo cambiaría si mandara la gente realmente valiente y que debiese mandar...»

Luego de leer varias veces el escrito, don Pedro preguntó a Ayolas:

- ¿Qué amigos tiene Osorio..?
- ¡Todos los hombres de la nao son sus amigos..!
- ¿Todos..?
- Sí, y casi todos los de la armada...

El mayordomo vio que don Pedro se ponía increíblemente sombrío, mientras se sentaba a escribir: «Condeno a Juan de Osorio a ser muerto a puñaladas o estocadas, o en otra cualquier manera que lo pudiese ser, las cuales le sean dadas hasta que el alma le salga de las carnes; al cual declaro



go de Cepeda hizo el firme propósito de comportarse como un soldado, ya que no había podido ser misionero, sin analizar la catadura moral de su jefe, y buscó refugio entre sus compañeros castellanos y vascos, y especialmente en Carlos Guevara, Juan de Ayolas, y Juan de Salazar, de la Medina de Pomar burgalesa.

Ahora Rodrigo marchaba hacia Indias, mientras su joven hermana Teresa pensaba ingresar en un convento. La separación había sido hartamente dolorosa; pero ambos sentían que marchaban al encuentro de su destino. Rodrigo no iba, ciertamente, como misionero; pero sí pensaba colmar sus sueños de propagar la Fe cristiana como seglar, y aún como soldado, al par que se cubría de fama ganando glorias para Castilla y España.

Súpole mal a Salazar, Caballero de Santiago, el día que partieron de Sevilla, el ver a Pedro de Mendoza con la Cruz de Santiago al pecho; pues el vicioso hidalgo de Guadix había alcanzado los títulos de Caballero de esa orden y de la de San Juan, estando al servicio de Carlos quinto en calidad de paje y confidente, y sin más mérito que halagar el oído del monarca durante sus cesáreos ocios, rebosantes de vanidad.

Por cierto que el guadijeño poco sabía de guerrear y menos aún de navegar; pero su natural violento lo había ido haciendo buen espadachín y, como tal, buen conocedor de soldados y capitanes, a los que sabía distinguir desde lejos y al primer vistazo, en lo estrictamente militar.

De esta suerte, nunca salió de Sevilla una expedición de tan valiosos oficiales reales y soldados, cual la que ahora le tocaba a Mendoza dirigir. Aún más, es probable que ni para Italia ni contra el turco, se hubieran reunido jamás tan buenos elementos entre capitanes, arcabuceros y soldados.

De entre todos ellos se destacaba Juan de Osorio. Apenas

desde Sanlúcar de Barrameda el 24 de Agosto de 1535. Eran once carracas (1) tripuladas por mil doscientos hombres, entre marineros y soldados; llevando ciento cuarenta pasajeros, entre caballeros y algunas damas, y entre las que descollaba la hermosa María Dávila, amiga del Adelantado.

Rodrigo de Cepeda, apoyado a una escalerilla de cuerdas, junto a la borda de estribor del alcázar de popa, echó un último vistazo al puerto que se iba achicando, mientras en la cofa de mesana un marinero malagueño cantaba por verdiales con voz aguda:

«Tienes los dientes,  
tienes los dientes,  
como granitos  
de arroz con leche...»

Y enseguida, desde la cofa del trinquete, otro marinero, éste de Cádiz, replicaba por alegrías, que por cierto no eran tan alegres:

«Y se mete uno en el mar,  
cuando se sale de Cáfui...  
Y se mete uno en el mar,  
El barco tira pá lánite  
Y el arma tira pá atráaaaa...»

Luego de recalar en las islas de Cabo Verde y en plena travesía, perdió de noche el rumbo una carraca, capitaneada por Alonso Cabrera, retornando a España, luego de ir a Santo Domingo, y tras capear un largo temporal cerca de Cabo Verde.

Juan de Salazar iba al mando de la carraca "Anunciada",

por traidor y amotinador y lo condeno en todos sus bienes». Ayolas informó a Rodrigo de Cepeda acerca de su encargo, pidiéndole que escoltara en su lugar al Adelantado, y Rodrigo no pudo menos que pensar que la monarquía austriaca de los Habsburgo había comenzado ya a crear en España una casta de señoritos inútiles, y especialmente en el sur de la península, entre los renegados, o entre los hijos y los nietos de éstos, que sólo habían querido medrar y conservar sus bienes, sin importarles para nada la Fe cristiana.

Precisamente, don Pedro de Mendoza, favorito y alcahuete de Carlos quinto, era el primero de esos señoritos que trasladaba sus taras, su parasitismo y su enfermedad venérea al Nuevo Mundo.

En la mañana del 3 de diciembre de 1535, Rodrigo vio a Juan de Ayolas ir en busca de Galaz de Medrano y Pedro Luxán, elegidos como verdugos ejecutores de la sentencia, e instruirlos acerca de la macabra tarea que debían realizar. Luego Ayolas fue en busca de Juan de Salazar y, transmitiéndole las órdenes del Adelantado, le ordenó acompañarlo a prender a Osorio. Este se hallaba charlando con el oficial real factor Carlos Guevara, mientras paseaban por la playa y estaban ambos del mejor humor, a juzgar por las risas que Rodrigo oía interrumpiendo el diálogo, cuando el grupo de Ayolas llegó hasta ellos.

El de Briviesca se adelantó entonces, con Galaz, Salazar y Luxán a sus espaldas, y dijo a Osorio:

- Vuesa merced sea preso, señor Juan de Osorio.

- ¿Yo..?.

- Sí... Vos...

Ágil como un felino, Osorio saltó hacia atrás desenvainando la espada, a lo que Ayolas agregó entonces:

- ¡Téngase vuesa merced, que es el señor gobernador adelantado don Pedro de Mendoza quien manda que vaya preso..!

Desde cierta distancia, Rodrigo vio entonces que Osorio desenvainaba su espada, para responder sonriente:

- Hágase pues lo que su señoría manda... Yo estoy pronto a obedecerle.

Rodrigo vio que mientras Guevara quedaba en la playa, Ayolas llevaba a Osorio hasta la tienda de Mendoza, flanqueado el preso por Galaz y Luxán, mientras Salazar quedaba rezagado y lejos de la entrada de la tienda, pues sin detenerse a juzgar a nadie, le asqueaba sobremanera lo que estaba ocurriendo en ese momento a Osorio.

Mientras Luxán, Galaz y Osorio esperaban fuera, Ayolas entró en la tienda y dijo:

- Señor... ya está preso don Juan de Osorio.

- ¿Qué manda vuestra señoría que se haga ahora..?.

A lo que Pedro de Mendoza respondió con dureza:

- ¡Haced lo que debíais haber hecho..!

Rodrigo vio a Juan de Ayolas salir de la tienda terriblemente pálido y hacer un gesto ante el cual Pedro de Luxán y Galaz de Medrano atacaron a puñaladas a Osorio, derribándolo herido de muerte en la arena. Rodrigo corrió a detenerlo; pero Ayolas, Salazar y Guevara lo detuvieron, apidiéndoselo, sólo por su propio bien y agarrándolo por ambos brazos.

Rodrigo vio, empero, que la mano de Osorio se aferró en la empuñadura de la espada, aún tendido de espaldas; pero le faltó fuerza para desenvainarla.

Rodrigo de Cepeda vio el magnífico cuerpo de Osorio, sacudiéndose en los estertores de la agonía, y se retiró apresuradamente a su tienda, en la que encontró la cocina que había desayunado al levantarse, en esa madrugada aciaga.

Entretanto, Mendoza ordenó poner sobre el cuerpo del muerto un cartel que rezaba: «Por traidor y alevoso». Mientras comentaba a su compañera María Dávila:

- Este tuvo su merecido. Su soberbia y arrogancia le trajeron a este estado.

Los ánimos quedaron hartos sombríos luego del asesinato de Osorio, quien había sido un héroe en Italia, y Mendoza estimó lo más cuerdo zarpar cuanto antes hacia el sur, donde ya se hallaba explorando su hermano Diego por las orillas del Río de la Plata, o Mar Dulce de Solís.

Se levantó rápidamente el campamento de Guanabara, y las naves comenzaron a orzar hacia el sur. Luego de recalar en la isla de Santa Catalina, la armada avanzó lentamente, entrando en el Río de la Plata en enero de 1536, en pleno verano austral. Después de navegar un par de días por sus aguas tranquilas, Pedro de Mendoza ordenó desembarcar en la margen del sur; con ánimo de fundar en ella una población, al re-

paro de la barranca que cobijaba la playa de los vientos del oeste y junto a la desembocadura de un río.

En la banda de babor de la Anunciada. Rodrigo de Cepeda observaba la inmensa llanura verde, que cual otro mar inmóvil, se extendía al sur del río leonado y brillante.

Rodrigo de Cepeda, Ayolas, Irala, Guevara y Salazar fueron los primeros en hacer pie, con el agua hasta las rodillas, en la negra y limosa orilla, suavemente ondulada y a veces rizada por el agua del río.

Rodrigo paseó la vista, con el sol alzándose a sus espaldas, por la inmensa llanura de hierba verde y amarillenta, sin un solo árbol a la vista, y sin más decorado que las vizcachas que correteaban entre la hierba y los teru-terus que revoloteaban sobre los españoles, como anunciando su llegada con sus estridentes graznidos, a veces acompañados por el canto de algún benteveo.

### Capítulo III

#### SANTA MARÍA DEL BUEN AIRE

EN el lugar en que un riachuelo desemboca al Mar Dulce, río de Solís, o Río de la Plata, Pedro de Mendoza ordenó fundar la ciudad destinada a ser capital de su Adelantazgo; luego de recorrer la zona en compañía de Rui Galán, quien, aunque leonés, había sido vecino y amigo suyo en Guadix durante muchos años, incluso los de la infancia.

Rápidamente se plantó un leño y el Adelantado procedió a pronunciar las palabras de ritual en toda fundación castellana en Indias durante el siglo XVI.

Mendoza llamó a la ciudad Santa María del Buen Aire, debido a los vientos propicios temidos durante toda la travesía, si se exceptúa el temporal de Canarias. Enseguida los marineros y soldados comenzaron a llamarla Buenos Aires, y Rodrigo de Cepeda entre ellos; por el clima agradable que encontraron al desembarcar, aunque entre la tropa, Rodrigo oyó el rumor de que Sancho del Campo, natural de Medina del Campo, había bautizado la ciudad sin proponérselo, pues al saltar el primero a tierra gritó:

- ¡Qué buenos aires son los de este suelo!

Ello influyó en el nombre dictado por

Pedro de Mendoza, pero a buen seguro que lo que más tuvo en cuenta el Adelantado fue

que la mayor parte de su gente, e incluso él mismo, eran devotos de Nuestra Señora del Buen Aire. A ella se había encomendado la mayoría en Triana, antes de zarpar de Sevilla, Guadalquivir abajo, hacia Sanlúcar de Barrameda y el mar.

Rodrigo de Cepeda, en compañía de Salazar, Guevara, Ayolas, Luxán, Medrano, Rui Galán y Domingo Martínez de Irala, se abocó a la tarea de dirigir la construcción de las viviendas para la nueva población, ante la mirada atónita de unos tres millares de indios querandíes (3), que se congregaron pronto en torno a los recién llegados, silenciosos y perplejos al ver a estos raros hombres blancos que lucían pelo en la cara y llevaban cáscaras como los peludos (4) de la pampa, pero muy brillantes al sol.

Enseguida los indios comenzaron a traer alimentos a los españoles, y siguieron trayéndolos durante catorce días. No aparecieron más ante el poblado al decimoquinto, quizá porque algunos expedicionarios los habían tratado de manera desconsiderada, dando gritos, significando ello un insulto insoportable.

Pedro de Mendoza mandó al juez extremeño Pavón con tres soldados en busca de los naturales, que se habían retirado unas cuatro leguas; pero los querandíes hicieron huir a pedradas a los emisarios, quienes apenas pudieron salvarse merced a la velocidad de sus piernas, llegando jadeantes a su nueva aldea de Buenos Aires.

Comenzaba a sentirse hambre en la nueva población, y Pedro de Mendoza, a la sazón postrado en cama debido a un repentino recrudecimiento de su mal, ordenó a su hermano Diego salir con cincuenta soldados en busca de indios que proveyesen el bastimento necesario para los pobladores de Buenos Pires.

Al son de *Para vos truxe estas flores*, zarabanda de moda en Sevilla, tocada por un pifano y tarareada por los soldados, la pequeña hueste de Diego de Mendoza marchó confiada a dar un pequeño escarmiento a esos bárbaros que no querían entrar en razón y proveer las vituallas para la nueva ciudad y sus hambrientos habitantes.



## Capítulo IV

### COMBATE DE CORPUS CHRISTI

CUANDO los españoles llegaron hasta donde se hallaban los querandíes, éstos los recibieron en pie de guerra. Era la mañana del 15 de junio de 1536, y Carlos Guevara, Juan de Salazar y Rodrigo de Cepeda lograron que el Adelantado les dejase partir en apoyo de Diego con infantería, un par de horas después de salido éste pues temían por su suerte.

Los indios recibieron a Diego de Mendoza disparando cientos de boleadoras, con las que lo mataron a los pocos minutos, al igual que a su sobrino Pedro de Benavides, y a los capitanes Galaz de Medrano, Guzmán, Pedro Afán de Ribera y Pedro de Luxán, entre muchos otros de sus compañeros.

Cerca de allí corría mansamente un río, al que los españoles llamaron Luxán, o Luján (5) en lo sucesivo, en memoria del capitán Luxán, sobrino del Adelantado, que en las inmediaciones de su tranquila corriente, había caído para siempre abatido por las piedras querandíes. Éstas resultaban un arma terrible para los españoles, pues, sujetas de a tres por medio de tientos de cuero de vizcacha (6), volaban mortales hacia sus cabezas, dando casi siempre en el blanco.

A la hora del combate cuerpo a cuerpo cayó Luis Benavides, hermano de Pedro, víctima de un lanzazo, y un rato más tarde las bajas españolas llegaban a treinta y cinco. Los quince soldados restantes peleaban con furia y sin esperanza, cuando llegó, cargando a la carrera, la infantería de socorro, con Guevara, Salazar y Rodrigo de Cepeda al frente, llevando éste a su lado a un valiente soldado alemán llamado Ulrico Schmidt, enganchado en Sevilla a la armada de don Pedro. El alemán se destacó en la acción junto a Rodrigo, Guevara y Salazar, y los indios pronto fueron dispersados. Rodrigo penetró enseguida con Guevara y Salazar en la aldea querandí situada junto al río, en la que hallaron pieles de nutrias, pescado, harina de maíz y grasa de surubi (7) en abundancia.

Tres días permanecieron los españoles en la aldea india, hasta que el factor Carlos Guevara, oficial real, decidió volver a Buenos Aires con todo el bastimento que pudo cargar, y llevando consigo algunos querandíes prisioneros, custodiados por Rodrigo de Cepeda y varios infantes de éste.

Cuando Guevara entró en la choza del Adelantado para informarle de lo ocurrido, éste prorrumpió en amargo llanto, gimiendo entrecortadamente:

- ¡Dios me castiga...! ¡No podré hallar otro Juan de Osorio entre vosotros..!

Guevara salió en silencio de la choza, mientras Rodrigo y Ayolas escuchaban fuera los lamentos de Mendoza. Rodrigo pensó que rápidamente Dios cobraba a Mendoza su crimen, como también se lo había cobrado a Galaz de Medrano y a Luxán; pero Ayolas estaba muy zaherido por lo que había dicho Mendoza y masculló:

- Yo probaré a don Pedro y al mundo entero, que puedo hacer cosas que Juan de Osorio ni hubiera jamás soñado. ¡Cosas que llenarán la historia de Indias..!

Rodrigo miró al capitán Juan de Ayolas y pensó que sí, que este burgalés era capaz de hacer grandes cosas, porque no sólo era valiente, sino también trabajador, muy bien organizado y tenacísimo, tanto en la batalla como en la paz.

Don Pedro de Mendoza mandó construir bergantines, tarea que Ayolas encomendó a Domingo Martínez de Irala, mientras él, Salazar, Rui Galán y Rodrigo de Cepeda dirigían la construcción de una cerca que los protegiera en lo sucesivo de eventua-

les ataques de los querandíes. Después de la batalla de Corpus Christi, comprendieron que los naturales de esa llanura eran valientes, orgullosos y sabían luchar.

## Capítulo V

### FUNDACIÓN DE CORPUS Y BUENA ESPERANZA

MUCHAS veces la tarea de los castellanos era interrumpida por los repentinos ataques indígenas; pero tanto Ayolas y Guevara, como Irala, Salazar y Rodrigo de Cepeda, rivalizaban en su celo militar y nunca los indios hallaron desprevenidos a los conquistadores en sus asaltos, logrando rechazarlos una y otra vez.

No era tan avisado, en cambio, Rui Galán, aunque sí lo fuera valiente y harto confiado en el blandir de su tizona; pero pronto le advirtió una boleadora india de que allí no valían esgrimias, y sólo la rapidez con que acudió a cubrirlo Rodrigo de Cepeda con algunos ballesteros, arcabuceros y alabarderos, salvó a Rui de un horroroso cautiverio y peor muerte. Luego de lo cual, también él optó por montar celosa guardia de alabardas en torno a sus soldados, dedicados a la construcción de chozas y fosos, destinados a convertir la aldea en una pequeña fortaleza de madera y barro con paja.

Mientras Ayolas y Salazar seguían edificando dentro de la cerca, Rui Galán mandando guardias, y Domingo Martínez de Irala construyendo bergantines con la marinería, Mendoza envió a Rodrigo de Cepeda con sesenta compañeros a explorar hacia el norte, ostentando ya el rango de capitán.

Rodrigo remontó el Río de la Plata con cinco bergantines, bordeando la pampa hasta toparse con una selva que lo cerraba hacia el norte; mas al acercarse a ella, vio que se alzaba sobre numerosas islas, separadas entre sí por ríos angostos o arroyuelos, muchos de éstos absolutamente cubiertos o techados por un túnel de fronda, transido por el canto de millones de benteveos (8), horneros (9), pájaros sastré (10) y otras aves de la zona.

Rodrigo viró a babor y remontó un río algo más ancho, sin saber que era el río ya llamado de Luxán, y luego viró a estribor para meterse en un túnel florido en el que atronaba el grito de los benteveos (11); navegando un par de horas por ese arroyo al que los guaraníes llamaban Carapachay. Rodrigo no lo sabía, pero se había metido en el maravilloso delta del río Paraná, lleno de árboles frutales.

Al anochecer llegó al Paraná de las Palmas, atracando a la izquierda en una isla (12) para pernoctar, entre frutas y flores.

Al día siguiente remontó el Paraná de las Palmas en dirección noroeste, hasta dar con el marrón Paraná, y atracar nuevamente antes de comenzar a remontarlo una vez más hacia el noroeste.

Rodrigo navegó varios días hasta la confluencia de los ríos Paraná y Carcarañá, afluente de la margen derecha, y le pareció que esa comarca era buena para el establecimiento de hombres y ganado, y volvió enseguida a Buenos Aires con esa información, sin haber tenido un solo combate con indios ni haber perdido un solo hombre, en la misma comarca en que los caciques Mangoré y su hermano Siripo habían quemado el fuerte de Sancti Spiritu, y habían matado a todos los soldados dejados allí por Sebastián Gaboto, descubridor del río Paraná y de Itapirú (13), en el sur del Paraguay, frente a Corrientes, o Taragüf.

Con la información traída por Rodrigo, el Adelantado resolvió enviar a Juan de Ayolas y al abulense en busca de comida río arriba, hasta el Carcarañá, y con la orden de fundar casa en el Paraguay, al que Mendoza creía cercano al Carcarañá, para utilizarla como base de la conquista del Paytiti 3.

El de Briviesca y Rodrigo salieron con doscientos setenta hombres en tres grandes bergantines, y luego de remontar el río Paraná hasta las ruinas de Sancti Spiritu, hallaron allí a un español llamado Jerónimo Romero, quien vivía en paz con los feroces tímúes guaraníes, entre los que había quedado enamorado de una india, tras haber desertado de la expedición del veneciano Sebastián Gaboto. Esa desertión le había salvado de morir cuando se sublevó el cacique Mangoré, y aún cuando su hermano Siripo destruyó totalmente el fuerte, quemando vivos al comandante Hurtado de Mendoza y a su esposa Lucía Miranda.

Romero y los tímúes llenaron de comida los tres bergantines, y Ayolas y Rodrigo regresaron a Buenos Aires luego de cincuenta días de ausencia, y por supuesto, sin haber llegado al río Paraguay, que desembocaba en el Paraná ciento cuarenta leguas más hacia el norte.

Don Pedro de Mendoza resolvió entonces realizar él mismo una entrada, llevando consigo a los capitanes Juan de Ayolas, Carlos Guevara, Rodrigo de Cepeda, Juan de Salazar, Domingo Martínez de Irala, Carlos Doubrin y el tesorero Garci Vanegas, además del alférez Juan de Morales.

Dejó solamente en Buenos Aires al capitán Juan Romero con ciento sesenta hombres para cuidar las grandes carracas Magdalena, Santantón, Trinidad y Anunciada, y partió con setecientos soldados, a cuyo mando puso nuevamente a Juan de Ayolas, secundado por Domingo Martínez de Irala, Juan de Salazar, Carlos Guevara y Rodrigo de Cepeda. El Adelantado no salía de su camarote, cada vez más enfermo, y Ayolas dirigía la entrada con sus cuatro ayudantes siempre junto a él.

La expedición llegó hasta la desembocadura del río Carcarañá, en tierra de tímúes y cerca de Sancti Spiritus, o de sus cenizas, donde Ayolas y Rodrigo bajaron a tierra con trescientos soldados y fundaron un real, al que el burgalés llamó Corpus Christi. Luego envió a Rodrigo hasta el bergantín de Mendoza, para informar a éste, y el Adelantado, súbitamente animoso, bajó a tierra cerca de Corpus, en un atracadero tímú, y allí, acompañado por Rodrigo, fundó un nuevo poblado, al que llamó Puerto de Nuestra Señora de Buena Esperanza, destinado a ser atracadero de las naves con rumbo al Paraguay, en las expediciones navales futuras.

Allí empeoró la salud de Mendoza, y éste resolvió regresar a Buenos Aires, dejando en Buena Esperanza una guarnición a las órdenes del tesorero Garci Vanegas, el capitán Carlos Doubrin y el alférez Juan de Morales.

El primero de octubre llegaban de vuelta Mendoza, Ayolas, Irala, Guevara y Rodrigo a Buenos Aires, y al día siguiente, el Adelantado ordenó a Juan de Ayolas que organizase una larga entrada Paraná arriba, en busca de la Sierra de la Plata, reiterándole su deseo de que fundara una casa-fuerte en el Paraguay, como estribo para las marchas que se hicieran al Paytiti o a la misma Sierra de la Plata.

#### NOTAS:

- 1.- Del árabe *caraquir*, mercantes; singular *quirqura*.
2. Guanabara (Río de Janeiro).
3. Interpretación guaraní de la voz diaguita *quirande*, que significa: venido de los Andes.
4. Armadillos, o *Tatú*, en guaraní.
5. Hoy se llama río Luján, que da nombre a la ciudad de Luján, a la Basílica de Luján, y a la Virgen de Luján, patrona de la Argentina.
6. Gran roedor de La Pampa.
7. Pez heterocercó de los ríos sudamericanos, parecido al siluro, que llega a pesar más de cien kilos. También se parece al esturión.
8. Pájaro dentirrosto de plumaje marrón y amarillo.
9. Llamados así porque su nido parece un horno de pan.
10. Llamados así porque cosen las grandes hojas con que hacen sus nidos, semejantes a bolsones.
11. *Pitohúé*, en guaraní.
12. Isla Naón.
13. Piedra fina, o flaca, o angosta, en guaraní.
14. Tesoro aymará.

